



Una alumna ejemplar

Por Walter Vivas

(walter_vivasec@hotmail.com)

Tenemos un país megadiverso y pluricultural. Estamos situados en la mitad del mundo, latitud 0, donde la diversidad aflora por nuestra piel. En pocas horas estamos en la región Costa, con rodeos montubios a una temperatura de 25 grados centígrados. El místico Oriente nos espera con sus poblaciones nativas y sus plantas exóticas. La Sierra, donde he vivido la mayor parte de mi vida, se rodea de majestuosos nevados; y las islas Galápagos, patrimonio de la humanidad, cautivan al mundo.

Estamos desde hace muchos años encaminados hacia un proceso de entender nuestra diversidad. Es por eso que la inclusión es un factor determinante que también se viene dando con políticas de Estado, en las que ser humano es el protagonista. Pese a esto existe aún rezago en algunas mentalidades.

En la Unidad Educativa Técnica Yaruquí, donde trabajo desde hace más de veinte años, he podido ser testigo de la diversidad y del proceso de inclusión. He podido ver diferentes alumnos de las provincias de la Sierra, Costa y Oriente involucrándose positivamente. Líderes que han tenido la capacidad de

convertirse en verdaderos ejemplos para sus compañeros.

Una de mis excelentes estudiantes es oriunda de la provincia de Chimborazo; cursa el tercer año de educación de bachillerato, en la especialidad de Contabilidad. Ella nos comparte amablemente su experiencia:

“En el campo no existen hospitales ni doctores, por esta razón las personas no se informan sobre las maneras para prevenir embarazos y anticonceptivos. Es por eso que una familia indígena siempre es numerosa. Mis padres tuvieron seis hijos, por lo que la vida allá fue difícil. Para tener más oportunidades de trabajo decidimos emigrar a la ciudad, que al llegar no era como nos habíamos imaginado. Para poder tener un lugar donde descansar buscamos cuartos; no nos querían arrendar porque decían que éramos una familia numerosa. Luego de una larga búsqueda encontramos un cuarto, pero la señora casera empezó a tratarnos mal y a subirnos el arriendo, por lo que decidimos salir.”

“Mis tíos, que ya vivían en Yaruquí, agricultores de cultivos de frutilla, conocían a muchas personas y nos

ayudaron a mudarnos a una casa antigua. La dueña, muy buena, no nos discriminaba por nuestra etnia, al contrario, nos apreciaba.”

“Mis padres salieron en busca de empleo, ocupándose en una plantación florícola en la parroquia de Checa, con horarios muy fuertes, por lo que llegaban a casa sumamente cansados. Empezaron posteriormente en cultivos de frutilla con pequeños préstamos, y con arduo trabajo salimos adelante.”

“Era la etapa de estudiante escolar. Mis padres tuvieron que cambiarme de vestimenta. Así que adquirieron el uniforme de la institución, ya que ellos sabían que las personas indígenas no tenían el mismo trato. Hubo niñas que al ver a mi mamá con su vestimenta autóctona comenzaron a molestarme. Al principio me afectó, pero fui asimilando hasta demostrarme que era capaz de ser la mejor estudiante. Ya al ingresar a la Unidad Educativa Técnica Yaruquí me hice acreedora de los mejores reconocimientos por parte de mis apreciados maestros, quienes fortalecieron mi espíritu y mi formación. Orgullosa de mi raza, traje el campo a la ciudad, lo combiné y formé algo maravilloso.”